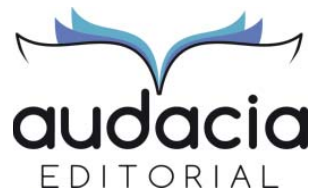


MONTSERRAT VARELA

ADÁN (SIN EVA)

Narrativa



©Adán (*Sin Eva*)

©Montserrat Varela

Primera edición, 2021

©Audacia Editorial

Pléyades 3620, Colonia La Calma, Zapopan, Jalisco

editorial@audacia.lat

Fono: 3318163062

Registro de la propiedad intelectual

Inscripción: 03-2015-080611095400-14

ISBN: 978-607-99105-9-4

Todos los derechos reservados.

Edición y diseño: ©José Baroja

Corrección: ©Luis Javier Mariscal González

Arte y diseño cubierta: ©Horacio Urzúa

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico de grabación o fotocopia sin permiso formal o por escrito de la editorial.

IMPRESO EN MÉXICO/PRINTED IN MEXICO

«Para Adán, el paraíso era donde estaba Eva.»

Mark Twain

«Cada oveja con su pareja.»

Refrán

PRÓLOGO

Les propongo una pregunta antes de que comiencen a leer esta obra; una pregunta que bien podría ayudarles a decidir si continúan o no examinando esta excelentísima narrativa de Monserrat Varela, titulada *Adán (sin Eva)*®. Excelentísima obra, siempre y cuando gusten, como yo, de la sátira, de la ironía, de la ingeniosa escritura que acaba siendo, finalmente, espejo y (des)gracia de la mismísima realidad; en especial, en este caso, si resultan ser, accidentalmente o no, como alguno de los siete adanes que aquí se representan. Pues sí, este libro reúne la historia de siete «adanes» en medio de «epopeyas fallidas» por el amor de quienes consideran sus «evas». En tal sentido, y con todo el humor que convenga, la pregunta adecuada para resumir esta genialísima obra sería entonces «Por qué demonios» o, mejor dicho, «Por qué chingados un Adán podría quedarse sin una Eva». Y así comienza todo: te lo anticipo.

Sí, definitivamente, pienso que la pregunta que mejor cabría para iniciar este libro es, más o menos, «Cómo Adán se quedó sin Eva»; aunque ya podríamos ir pidiendo a la autora una segunda parte, si es que viene al caso, titulada *Eva (sin Adán)*; cuestión que convertiría esta obra, junto con su hipotética continuación, en una magna antología de las contemporáneas relaciones humanas; lo que multiplicaría las risas y el posterior llanto exponencialmente; ya que, ambas, risas y llanto, inevitablemente van de la mano

cuando se trata de una obra de este calibre: una obra en que los perdedores no son más que la misma representación de nuestra existencia, nos guste o no. Como sea, y en un acto de masoquismo reflejo, dan ganas de leer más.

Gran virtud esta última de Monserrat Varela, notable escritora mexicana que conocí gracias a la antología *Nuevas letras atenagóricas de nuestro México*®, editada por esta misma casa editorial. Autora, que por medio de una escritura en la que abunda la sátira «realista» y la agudeza crítica de una mujer que, sin duda, sabe observar y sabe contar muy buenas historias, nos regala una admirable obra que nos recuerda, por cada accidente, lo difícil que es que Adán y Eva se encuentren, armonicen e incluso convivan en un hipotético Edén contemporáneo; ya quemado por ambos, o por todos, antes de siquiera conocerlo: he ahí el chiste, la ironía, la sátira y el llanto de esta narrativa.

En consecuencia, si ya te has decidido, te invito a leer estos tienes siete relatos, con la advertencia de que en *Adán (Sin Eva)*®, la manzana nunca se comerá completa. Yo aún me río.



José Baroja
Escritor
Director de Audacia Editorial
Zapopan, Jalisco
23 de octubre de 2021

AQUÍ ES ABEL

«Aquí es Abel», le oí decir a unos tipos al llegar a la funeraria. «Aquí es Abel» dijeron, y sentí mi saliva amarga. Permanecí ahí menos de veinte minutos, amigo; suficientes para notar que tu velorio fue, sin duda, muy parecido al onomástico que celebramos juntos, ya que, de pronto, la amargura se convirtió en sonrisa al imaginar que para tan luctuosa ocasión te hubiera gustado mucho escuchar a las trompetas y los tambores *Goran Bregovic* y su «Orquesta para bodas y funerales».

Saludé a varios conocidos. A Silvina y a tus cercanos les di las más mudas condolencias —dime, amigo, ¿qué podía decirles? —, al tiempo que veía a una cantidad enorme de desconocidos, de seguidores, de amigos de los amigos, quienes también supieron de tu existencia, todos consternados por tan tremenda pérdida, pero sonrientes por tu recuerdo.

De la mentada fiesta ya hace una década. Ofrecí mi casa como quien piensa que ibas a decir no gracias, no cabemos, pero te gustó la idea. «Algo íntimo, solo entre amigos», dijiste. Amigos como nosotros, yo supuse: carnales, cómplices o culpables de las letras más perturbadoras en los años nóveles del rock mexicano. *¡Qué buena idea, Abel, qué buena idea, qué bien!*

Lo recuerdo claramente, aunque Silvina ahora jure que no pudieron haber pasado más de nueve años. Yo tenía treinta y dos y tú cumplías ese día los treinta. Todo empezó con Nacho, ¿te acuerdas? Nacho, mi amigo, el que ya no lo es; pero ahora que te has ido tal vez quiera que lo sea de nuevo; no sé. Nacho y yo queríamos fiesta, pero por entonces el alcohol era nuestro mejor camarada y la fiesta que teníamos en mente era de unas diez, doce personas a lo sumo, y muchas, eso sí, muchísimas botellas. Pensamos en una fiesta, porque el alcohol, mientras estuviéramos acompañados, mejor nos sentaba: era más divertido; éramos menos alcohólicos, pues. Pero entre Nacho y yo no juntábamos ni a cinco personas. ¡*Menudo problema!* Entonces te propusimos celebrar tu cumpleaños aquí e invitar a algunos amigos y aceptaste entusiasmado.

Para estar cómodos —pensé— debía mover el sillón de la sala, arrinconar la mesa y jalar las sillas para hacer de la minúscula estancia algo un poco más espacioso. Cabían doce sentados. Siempre hay dos o tres que prefieren quedarse de pie o parejas muégano que desean mantenerse apretadas. *No estaba mal.* Como de inmediato asumí el rol de anfitrión, traje del súper las siguientes provisiones: cuatro bolsas grandes de papitas, cuatro refrescos de dos litros y cuatro botellas de vino. Nacho, por su parte, cooperó con una

patona de Bacardí blanco y cuatro botellas de vodka. En fin, alcohol no iba a sobrar —para qué mentir, menos a ti —; pero había más que suficiente para pasar el rato.

La cita: nueve de la noche. Siempre me gusta terminar temprano las reuniones, así que a las ocho y media estábamos ahí, esperando, sentados en la sala, Nacho y yo, seguramente peinados y perfumados, nerviosos también, porque prometiste llevar a unas amigas. Dieron las nueve y las diez, como diría Sabina, y nada; ni siquiera tú te habías presentado. Para las diez y media ya nos habíamos acabado un par de botellas cuando sonó el timbre. La primera tanda hizo su aparición: diez personas; ninguno de ellos era invitado nuestro, a nadie conocíamos y todos preguntaban por ti. Les abrí. Cinco minutos después, por fin llegaste con Silvina y un pequeño grupo de amigos, no más de seis, entre ellos las dos chicas. Bien, la fiesta estaba a punto de comenzar.

Abrimos las papitas e iniciamos con las presentaciones ligeras: «Pasen, bienvenidos, el baño está entrando a la derecha. Sí, sí hay hielos». Luego de instalar a los invitados y justo cuando me disponía a encender un cigarro, sonó el timbre nuevamente. «Abel», te dije. Lo recuerdo justo así, llamándote por tu nombre, ese hermano de Caín que tanto echo de menos: «Abel, ¿esperamos a alguien más?».